

# Itinerario de una experiencia personal: de la impotencia a la resurrección

Rubén

Filósofo y Teólogo. Miembro del Instituto E. Mounier.

Quien vive hoy en día, aunque sólo sea un poquitito, atento a lo que ocurre en estos nuestros mundos y nuestra sociedad, sentirá conmigo al menos estas tres sensaciones: sobresalto, vértigo e impotencia.

El sobresalto es una sensación continua y constante –todo o casi todo nos sobresalta–. En una sociedad fragmentada, utilitarista, amoral, inhumana... nos sobresaltan las permanentes acciones violentas contra la dignidad de personas y pueblos, pero también nos sobresaltan acciones como las protagonizadas por religiosos y religiosas mártires en el tercer mundo. Unas y otras nos interpelan y nos cuestionan nuestro ser.

El vértigo aparece producido por la ingente avalancha informativa de tan atroces y clamorosos acontecimientos. Los datos acerca de las muertes por hambre, por guerras, de las violaciones, de las agresiones y malos tratos a niños y mujeres, de los desfalcos, estafas, instrumentalizaciones de las multinacionales... dan vértigo y producen un mareo existencial del que es muy difícil sobreponerse. Se dice que la mierda cuanto más se remueve más huele. El mal olor está llegando a cuotas intolerables sobrepasando el umbral máximo de la salud de las personas. Los que no mueren cubiertos de mierda, mueren por la respiración de sus mortales gases.

Es tanta la mierda que está pa-

sando de cubrirnos el cuello y nos ha comenzado a afectar a la cabeza. Y lo peor es que al estar tan cubiertos por ella nos hemos acostumbrado a convivir con ella. La consideramos como el hábitat natural humano. Parecerá una afirmación desproporcionada para algunos pero es cuestión de lógica pura. Si la mayor parte de la humanidad vive en condiciones infrahumanas, y a estas condiciones humanas las llamamos mierda, entonces la humanidad en su mayor parte está cubierta de mierda. Y ¿qué hacemos? Pues muy poco, porque es tan grande el asunto que nos desborda, y como no sabemos mirar más allá de nuestras narices nos sentimos impotentes. Impotentes, sí.

Cualquiera podrá decir que el panorama que he expuesto es muy visceral y soez, incluso de mal gusto. Pero sinceramente la realidad de nuestro mundo no está para análisis más gustosos y a las cosas hay que llamarlas por su nombre, si queremos entendernos correctamente. Además, he utilizado esta metáfora, si se le puede llamar así, movido por una idea de I. Ellacuría que viene a decir más o menos así: los países del tercer mundo y las bolsas de pobreza del cuarto mundo son el water del primer mundo.

Y mientras tanto nos sentimos muy sensibilizados para denunciar los malos olores. Denunciamos el

mal olor de la miseria, protestamos por los malos olores de contenedores, de locales, de mendigos, de inmigrantes de color, de marroquíes... Todo es una continua denuncia del mal olor. Algo natural en la sociedad dominada por la estética del gusto. Pero ¿nadie percibe el olor de la mierda que está cubriendo a la mayoría de la humanidad? ¿Qué clase de personas somos cuando nos violenta el mal olor sensible y no nos violenta la situación de la humanidad? ¿No tendremos narices, o las tendremos atrofiadas? ¿Estaremos ciegos, o en su mejor caso, sólo humanamente miopes? ¿Tendremos entrañas de misericordia o un estómago fagocitador de inocentes? ¿Nos laterá un corazón de carne o un marcapasos mecánico?

Sinceramente, esto no hay hijo de su madre que lo pueda aguantar. La cuestión clave es: ¿somos personas o un subproducto cibernético de las ultraavanzadas supertecnologías? Queridos hermanos, no podemos seguir así. Esto es una vergüenza. Sí, es una vergüenza el que la sangre y las vidas de tantos miles de inocentes sean derramadas ante nuestra impasible mirada y escucha. Yo no quiero seguir así, no puedo soportarme más de esta guisa. ¡Quiero dejar de ser y sentirme impotente ante el sufrimiento de los demás! Ayudadme a iniciar un camino de liberación, a ser potente y no im-potente, a ser poderoso de

corazón para amar con entrañas de persona, a reconocerme como lo que soy: persona. Pero no puedo solo, me siento débil y mi cabeza se está volviendo loca, mi corazón tiene disfunciones ontológicas, y mi sentido moral me está destrozando la salud mental y del alma. ¡Ayudadme a ser persona! ¡Ayudadme a hacer una humanidad nueva con la que sueño cada instante de mi pobre existencia!

Si en vez de ser un «yo» soy un «nosotros» la liberación y la transformación de la faz del mundo y de la humanidad es posible. Con vosotros-nosotros mi esperanza se hace energía vital; y mi cariño se hace Amor. Juntos podemos salir de nuestros pozos ciegos, de las estructuras que nos atenazan para plantar una civilización del Amor. Pero ¡cuidado!, no seamos inge-

nuos y nos dejemos euforizar por tan grandiosas palabras y deseos. Hay que ser realistas y por tanto pacientes, sabedores de nuestras muchas deficiencias y limitaciones, pero con un convencimiento interior y comunitario que nos catapulte hacia la tarea de ser y hacer personas, y de ser y hacer comunidad. Nada de nuevos mesías y salvadores, tan solo humildes y auténticas personas capaces de reconocer cada rostro como un tú y un futuro nosotros.

Lo único es estar convencidos de que es necesario un nuevo nacimiento, que sea buena noticia para todos, que nos ponga en nuestro sitio ya que andamos un poco cojos y bastante ciegos. Así seremos capaces de reconocer que gracias a los inocentes se nos ha devuelto la gracia y la dicha de ser personas, y

que nuestras vidas nos las han donado ellos para que vivamos auténticamente.

Con la experiencia de sentirme renacido, incluso resucitado porque me habéis sacado de la muerte en que vivía, os pido que demos gracias a aquellos y aquellas que, desde hace muchísimos años y hoy en día, continúan luchando por devolvernos a la vida, por ser siempre sonrisa eterna que alimenta, por ser la mano y el rostro que nos saca a algunos de la impotencia y nos educa en la potencia.

Quien no haya vivido esta experiencia no podrá gritar:

¡Gracias por haberme resucitado!

Claro que sí.